

A close-up portrait of an older man with weathered, brown skin and short, graying hair. He is looking slightly to the right with a thoughtful expression. He is wearing a light blue button-down shirt. The background is out of focus, showing a clear blue sky and a white building with shadows.

raúl rivero

antología

Arquitrave

raúl rivero
antología

raúl rivero
antología

Selección y prólogo de José Prats Sariol
Epílogo de Eliseo Alberto

Arquitrave

Antología

© Raúl Rivero

© Arquitrave Editores

www.arquitrave.com

Edición y diseño Harold Alvarado Tenorio y Héctor Hernán Gómez

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Raúl Rivero

A veces he pensado que Raúl Rivero y yo —junto a otros escritores cubanos independientes que vivi-

mos en Cuba y nunca hemos decidido emigrar— debíamos recitarle a ciertos burócratas ideológicos unos versos del *Don Juan* de Byron: «Algunos me han acusado de un extraño designio / contra el credo y la moral de este país / y lo rastrear en cada verso de este poema. / No pretendo entender del todo / lo que digo cuando inten-

to ser muy sutil; / pero la verdad es que no me propuse nada / o acaso sólo bromear un rato». Eliot quería que estos versos encabezaran la reedición de su *Ash-Wednesday*. Su sagaz inteligencia consideraba que en ellos «hay una sana advertencia crítica». Porque «Un poema no es lo que el poeta se propuso ni lo que el lector concibe, ni su función queda por completo res-

tringida a la que el autor se proponía o a la que realmente cumple cerca de los lectores».



Pero como casi nunca, bajo cualquier circunstancia social, se halla una feliz comunión entre funcionarios gubernamentales y sensibilidad neuronal, nos vemos obligados a advertir una vez más —al presentar a los lectores colombianos esta antología de Raúl Rivero— que la pluralidad de recepciones, sus

mutaciones y disfraces a lo largo del tiempo y de la geografía —incluyendo, desde luego, el *tiempo* y la *geografía* de cada persona— son consustanciales al arte literario. También que el ridículo suele envolver en un justo manto escatológico a quienes pretenden convertir las valoraciones artísticas en signo unívoco, cuando no en propaganda partidista o reli-

giosa o sexista... Carentes de la tan saludable e higiénica tolerancia, incapaces de convivir pacíficamente con signos extraños u opuestos, también suelen ignorar que La *Comedia* de Dante sobrevive hasta hoy no precisamente por las querellas florentinas que en ella se debaten, como la poesía de Neruda está más allá de la militancia comunista del chileno o el *Cántico espiritual* se encuentra por debajo o por encima del misticismo católico de su genial autor.

Sé, por supuesto, que el párrafo anterior es un escandaloso lugar común. Sin embargo, no dejan de abundar censores incapaces de darse cuenta de que la literatura es algo más que signo político. Su pertenencia al campo del Poder —como señalara Bordieu—, que propugnan los especímenes cuando se trata de la defensa de su signo, es un «valor agregado», no esencial. Pero bien sabemos que se trata de una insumergible plaga similar a los que leen para estar de acuerdo. Son sectarios que sueñan con piras purificadoras y panoplias catequistas —siempre inmóviles— que los protejan de enfrentarse a la duda cotidiana, a las preguntas existenciales, a los paréntesis fenomenológicos. Por ello el tópico parece pertinente en el caso de este poeta —aunque algunos intelectuales fuera de Cuba se resistan a creerlo y otros dentro opten por una curiosa ceguera ante las canalladas.

En este sentido algunas informaciones sobre el autor quizás sean útiles: Raúl Rivero Castañeda (Morón, 1945) ha publicado nueve libros de poesía y cuatro de crónicas y reportajes. Sus poemas se han traducido al francés, alemán, inglés, italiano, ruso, portugués, neerlandés, noruego, rumano, húngaro y búlgaro. En 1969 recibió con *Papel de hombre* el David de poesía, el más importante premio que se otorga en Cuba a un joven. En 1972 el Julián del Casal de la Unión de Escritores y Artistas (UNEAC), por su libro *Poesía sobre la tierra*. Su más reciente antología —*Herejías elegidas*— apareció en Madrid en 1998. Ese mismo año la Editorial Decourvert publicó en París: *Signé a La Havanne*, que dos años antes había publicado en Miami la Editorial Sibi. Las principales antologías de la poesía cubana contemporánea incluyen poemas suyos. Trabajó durante años en los principales periódicos y revistas del país, así como en Prensa Latina (agencia oficial de noticias)

y en la UNEAC (Unión de Escritores y Artistas de Cuba) como asesor de Nicolás Guillén. Su obra periodística se ha divulgado ampliamente en importantes medios de tres continentes. Pero en 1991 firmó la llamada «Carta de los 10» (carta abierta al gobierno cubano pidiendo reformas y espacios para todos) y desde entonces fue condenado al ostracismo y se le prohíbe viajar. Hace poco aparecieron en España su libro de crónicas *Lesiones de historia*, una recopilación de artículos: *Pruebas de contacto* y en México el libro del que he tomado los poemas: *Puente de guitarra*.

Los gobernantes mexicanos desde Porfirio Díaz a la fenecida hegemonía priísta ejercitaron un neologismo hoy popular: *ningunear*. Ejercitado sistemáticamente en los últimos once años contra Raúl Rivero, es de agradecer que el poeta y ensayista Harold Alvarado Tenorio haya tenido este gesto solidario hacia su colega *ninguneado* en su propia patria. De ahí que no sea nada fortuita la inclusión de estas informaciones dentro de una nota que ahora sí se traslada al campo pluriséptico, donde con Eliot y desde los versos de Byron invitamos al disfrute estético.

A ello tal vez ayuden unas palabras de Eliseo Diego en el excelente prólogo que le escribiera a *Poesía pública* (La primera antología de Raúl Rivero, 1984). Decía el inolvidable poeta y amigo: «Sobresale en primer término su enfrentamiento a la materia propia del oficio, esto es, el idioma. Lo característico es la violencia impaciente. La decisión de prescindir de toda convención ‘poética’ y apelar al lenguaje de cada día. Sin embargo, habrá para sus palabras una resonancia desde el abismo, lírica, ancestral, que les comunicará una vibración inconfundible. Y no rehusará formas hoy casi en desuso entre nosotros como las exhortaciones del imperativo, o el plural de segunda persona, que dan a determinados poemas el timbre épico que les conviene. Nótese su habilidad para insertar términos ajenos al habla coloquial siempre que lo exige la precisión de una imagen».

A partir de estos sesgos se cualifican los motivos temáticos. Son ellos los que hacen chisporrotear el almanaque con estaciones —las inexistentes en el trópico— que le envía Susana en su «Regalo abierto», donde las

desgarraduras de la diáspora cubana (aproximadamente el 15% de la población) cubren el almanaque de su cariño hacia los ausentes, de la rabia ante la irreversible dispersión y dependencia de su Isla. Son los que en «Orden de registro» denuncian el atropello y guardan la tristeza ante sus perecederos papeles confiscados por la policía política, y lanzan las preguntas a la Efigie que sólo responde con nuevas preguntas. Los que siembran el miedo bajo la sábana dulce de lino en «Defensa personal», verdadero sortilegio donde la memoria quiere escapar de sí misma, esconderse como un niño bajo la frágil, violable carpa del circo nocturno.

Es también ese filo del estilo quien en «Adivinanza» le rinde homenaje a la profunda soledad del poeta Francisco de Oráa, una de las voces esenciales de la poesía cubana actual. Con ese estilo tan temido recuerda a su amiga peruana en «Alicia en el país», para que la ironía se encargue de desbaratar los restos de utopía (la angelical y la diabólica), los escombros y ruinas de sí mismo antes de quitarse la máscara. Y con el bolero de «Dolor y perdón» — tan vallejiano— es ese estilo suelto, aparentialmente espontáneo, quien se encarga de dignificar sus sensaciones de vejez y de olvido, de añoranzas y remordimientos que se saben libres porque por lo menos las sensaciones suyas de esos monstruos han logrado situarlos frente por frente, en distante acecho contra sus inexorables mordidas.

La textura de estos poemas confirma lo que escribí en el prólogo a la antología que titulamos *Herejías elegidas* (Ed. Betania, Madrid, 1998): «Considerado unánimemente como uno de los mayores talentos poéticos entre los latinoamericanos nacidos de 1945 a 1958. Su obra surge y se desarrolla dentro de una estilística cuyo axis comunicativo se asocia ventajosamente al empleo de un léxico y una sintaxis conversacionalista, recreadora sin pruritos de cualquier habla popular o marginal o culta, sin hipotecas posvanguardistas de carácter tropológico o versal, colmadas de sabias, de bien asimiladas influencias e intertextualidades».

Esta *Antología* que publica ahora Arquitrave fortalece la paradoja entre

la filosa herejía y la suave ternura que siempre ha caracterizado su timbre. Allí percibo los misterios del eco de las grandes voces fuertes del idioma, sobre todo de las que como Francisco de Quevedo tienen en la subversión una de sus interdependencias esenciales, en la etimología de revolucionario su estirpe insobornable contra los depredadores de los derechos individuales. Sus deliberadas discordancias, sin embargo, no son ni malditas ni satánicas. No hay extremos, apenas sugerencias de una rara mujer hermosa e inefable que algunos —perdidamente enamorados de su perfume— llamamos Libertad.

Frente a confinamientos y proscripciones, sus versos atemperan el tono lírico y épico. Duelen porque le duele, encantan porque le encanta, sugieren una autenticidad porque son auténticos acordes de un hombre honrado cuyo talento suena bien porque siempre ha sido independiente. Creo que la amorosa voz de estos poemas da una melodía cercana al triste y dulce sonido de César Vallejo, a la fugaz música de la existencia.

(En La Habana y 2002)
José Prats Sariol

Regalo abierto

Susana me ha enviado del sur
un almanaque
para que yo
por fin
aprenda
a envejecer.

Como es azul
lo miro
pero es Mamá
quien le arranca
las hojas de los días.

Es un regalo bueno
porque marca
también las estaciones
y así uno sabe
exactamente el momento
que tiene que abrigarse.

Así uno sale
con prudencia en la primavera
y no se deja seducir
por la belleza prevista
y anunciada.

El almanaque de Susana
me hace saber también
con precisión
que a veces
mis amigos pasan frío

y tienen que salir a la neblina
y a la nieve
en la desolación
de los inviernos.

Aunque no es un calendario del trópico
lo entiendo
y disculpo
su distancia con
el tiempo insular
y el donaire con que realiza
el inventario de
mi materia trágica.

Me llegó del sur
en Enero del año 2001
y ya me falta el aire.

Grave

No quiero que me salve nadie.

Así es que quien me está
enviando esos pensamientos
esos mensajes presuntuosos
que se vaya con su música a otra parte.

El oxígeno, quítenlo ya
renuncio al suplicio de una máscara.

Y esa pintura negra
que viene de los pedregales
no puede disimular
mis fatigas, ni la parsimonia
o la terquedad con que las llevo.

La gasa, la tensa gasa
solo redime las quemaduras
a flor de piel
de modo que nada puede hacer
cuando el ardor va en la memoria
y la llaga no es un punto en el cuerpo
sino un país donde se ha prohibido la armonía.

Que retiren la luz
porque desde que empezó esta angustia
soy adivino.

Que no traigan algodones
porque me parecen nubes de azogue
y nieves premeditadas

y ya
—como cuando era niño y me querían—
me da miedo la lluvia
y me hace daño el frío.

Nadie cerca de mí
porque puedo ser majestuoso
y eso es otro peligro.

Ahora que la muerte se vistió
(ahora que la están peinando)
y le planchan el uniforme de faena
le ponen arrebol y le pulen las condecoraciones
no quiero que me salve nadie
voy a ver si me puedo levantar
yo solo.

Bolero

Una muchacha fea.

Una mujer de ojos opacos
labios finos y duros.

Una mujer vacía
sin encanto, enfermiza
que no se sabe de memoria un verso
y nunca recuerda una canción.

Ajada, de izquierda, terrenal
una muchacha
y su fealdad intrincada
laberíntica
como carta marina
impenetrable como
un seto de piedra.

Mala, además
porfiada
huérfana de piedad
parca, sombría
que tose
como un coro de atabales
y desayuna hiel.

Ella y su pelo lacio
romas y sin mensaje
las líneas de la muerte de sus manos romas
claridades, reliquias de epidemias
en la aspereza de su piel de lija.

Una muchacha fea
que maldice
las flores
y ha fundado un herbario
debajo de su almohada.

Una muchacha que cobija siempre
en la emoción
de los recuerdos que me acosan
una categoría
remota de ternura
para atenuar el esplendor de su fealdad.

Foto en La Habana

Mamá y yo estamos solos otra vez
como a finales de los cuarenta.

Solos, en una casa ajena
contándonos los sueños de la noche anterior
(en los de ella siempre lloran dos viejos
y a mi se me va un tren, un avión y un coche
de caballos).

Solos mi madre y yo
desamparados porque Papá no vino, no viene, no vendrá
y además porque su hijo menor vive en otro país
y mi hija mayor también se fue.

Mamá y yo estamos en los noventa
en el final del siglo
otra vez solos frente a frente
sin preguntarnos como será la vida
más bien dándonos detalles de cómo fue.

Envío a una dama dominicana

¿Tú sabes lo que pasa, Margarita
que en tu casa en 1978
vi pasar la libertad
la vi en el jardín
durmió en la habitación frente a la mía
y como no la conocía
la dejé ir?

Ya no me importa si estábamos
en Panamá o en aquella mansión de San Jacinto,
cerca del mar
o en la calle Tajín (¿Julieta, Lorenzo, cual es el número
de aquel apartamento?) de Ciudad México.

No sé si va demasiado tarde este mensaje
para que me perdonen.
Como tampoco ahora sé si tendré tiempo
de ser libre, Margarita.

Acto de magia

Con Maruchi

Las ilusiones son vida
sin porvenir
y sin pasado.

Son sobresaltos, sustos, sueños
que se sueñan en público
en los que el soñador lo pone todo.

Yo hice el guión y protagonicé
una ilusión contigo
y volví a verme solo junto al piano
cuando ya te ibas.

Tú nada más que entraste y saliste
para que yo me ilusionara
no tuviste contacto, ni viaje, ni ilusión
por eso sigues limpia, inocente y distante.

A mí me queda la línea bordada
de la blusa que te rodeaba el cuello
los ojos sin entrega, en otro punto
y la leve alegría de bendecir y de cantar
a quienes pueden desde su penitencia
o sus enigmas
provocar ilusiones
aunque sean como vidas sin pasado
ni porvenir.

Paisaje sin niña

María Karla va de viaje
y aunque sabíamos que tenía que irse
y hemos preparado la despedida
la madre y yo
llevamos espejuelos oscuros a la fiesta.

A última hora
en un urgente maletín de niebla
le he puesto unos cántaros vacíos
una doble fila de oquedades
varios libros de versos
y una copia al papel carbón de mis fracasos.

Puse también
entre la confusión de los amores frágiles
unos retoños tiernos, vivos
y sin que nadie lo notara
—ni siquiera ella misma—
diseminé en el equipaje unas trampas
y un polvillo azul
que es un inofensivo coctel de odios y argucias.

Nunca es suficiente
lo que uno puede darle a un hijo para un viaje.

Confío en la bondad de la maleta
que prepara la madre y en su bolso de mano
en la dulzura de su bolso de mano.

Adiós María Karla
Adiós y bienvenida.

Orden de registro

¿Qué buscan en mi casa
estos señores?

¿Qué hace ese oficial
leyendo la hoja de papel
en la que he escrito
las palabras «ambición», «liviana» y «quebradiza»?

¿Qué barrunto de conspiración
le anuncia la foto sin dedicatoria
de mi padre en guayabera (lacito negro)
en los predios del Capitolio Nacional?

¿Cómo interpreta mis certificados de divorcio?

¿Adónde lo llevarán sus técnicas de acoso
cuando lea las décimas
y descubra las heridas de guerra
de mi bisabuelo?

Ocho policías
revisan los textos y dibujos de mis hijas
se infiltran en mis redes afectivas
y quieren saber dónde duerme Andreíta
y qué tiene que ver su asma
con mis carpetas.

Quieren el código de un mensaje de Zucu
y en la parte superior
de un texto críptico (Aquí una leve sonrisa triunfal del
camarada):

«Castillos con caja de música. No dejo salir
al niño con el Coco. Yeni.»

Vino un especialista en intersticios
un crítico literario con rango de cabo interino
que auscultó a punta de pistola
los lomos de los libros de poesía.

Ocho policías
en mi casa
con una orden de registro
una operación limpia
una victoria plena
de la vanguardia del proletariado
que confiscó mi máquina Cónsul
ciento cuarenta y dos páginas en blanco
y una papelería triste y personal
que era lo más precedero
que tenía ese verano.

Efeméride

El 5 de Diciembre de 1895
Salvador Cisneros Betancourt
le entregó al
General Antonio Maceo
en la finca Ciego Potrero
una bandera cubana
bordada por las mujeres de Camagüey
para que la llevara en la invasión.

Ese mismo día, pero de 1925,
mi padre, que tenía seis años
se cayó de un caballo
y por la noche
mientras llovía a cántaros
sobre Camagüey
con 40 grados de fiebre
soñó que era un mago
y desaparecía
una laguna,
una ceja de monte,
nueve palmas reales
y el caballo blanco
que lo derribó.

En 1995, Diciembre 5, seis y 48 minutos de la tarde
en pleno Periodo Especial
recién llegada de Camagüey
te vi
y enseguida me dió
fiebre de 40.

Dos años después
supe que te habías ido
porque vinieron a devolverme
los poemas, las cartas
y los pomos vacíos.

Nora Betancourt
que estás en Miami
lejos de las llanuras
santas del Camagüey
trata de saber algo de mi los
5 de Diciembre
porque yo estoy mas cerca
de los muertos queridos
y me acuerdo de ti todos los días.

Viditas soñadas

*El hombre, un Dios cuando sueña.
Horderlin*

¿Qué hago yo aquí
joven, feliz, casado
en Caracusey
con una muchacha que se llama Carmen?

¿Por qué sufro
adolescente, confuso
por Liliana
mi vecina de la calle Martí
Placetas, Las Villas?

¿Cuándo empezó este amor
—lo estoy sintiendo sí, lo estoy sintiendo—
porque recuerdo un parque
y digo Dalia, Dalia
para que esta mujer que es Dalia
y es bonita, levemente distante
me bese en un atardecer
en la afueras de Consolación?

¿Por qué en este bar de Batabanó
extraño el olor de mi cama
en Nueva Gerona
y escribo Mirna en un papel
y veo a Mirna llorando
en el patio
preso en una cerca de Itamo Real?

En esta casa de Esmeralda
sobre la tierra roja y los perdigones,
¿desde cuándo estoy oyendo
el punto camagueyano que canta
Mariví sin tres, ni claves, ni laúd?

¿Cuándo empezó esa décima
que habla de mí, que me recuerda
la noche que nos vimos en la primera canturía
y que tiene unos versos tontos e irreverentes
que dicen algo así como:
«Desde que entró este señor tengo dolor de cabeza
convulsiones mal de amor y un repunte de tristeza.»?

¿Por qué no sueño con Amsterdam y Brujas?
¿Por qué no alcanza mi fantasía para llegar a Huelva
y vivir allí con Mariangeles y sus padres
por qué no a Sergipe donde envejece
la poderosa mujer que me reveló
el misterio de la Santísima Trinidad
en tres noches seguidas en un hotel de Trinidad?

¿En Siracusa no habrá un destino para mi imaginación
Karim, no enseña allá historia americana
y cree todas las noches que
Don't look back lonely boy
es el mejor verso del sistema solar?

Soñar en la Habana es un ejercicio complicado
y hermoso.
Los sueños también arrastran sus cadenas.

Tedio de vasallo

Los tiranos intensos
son los breves
los fugaces.

Esos si son tiranos interesantes
fundadores de la inquietud.

No así estos tipos eternos y aburridos
toda la vida en el poder
tanto tiempo que uno termina por quererlos
que uno termina muerto de amor por ellos.

Que
Que uno
Que uno termina
Que uno termina muerto.

Defensa personal

De aquel ruido en la noche
de los pasos que siento
en plena madrugada
en el techo de casa.

De mi pasado
y sus eternas dinastías
de la cenefa
que desde la almohada
puede ser un precipicio
hallo amparo
en mis sábanas de lino.

Esta tela dulce me protege
me cubre, me acompaña
en sus dobleces.

En su textura tengo un refugio
que me salva de la memoria
las pesadillas, los ladrones y la policía.

Estoy seguro por unas horas
bajo esta blanca fortaleza de hilo.

Encuentro

El espejo de casa
el implacable
comenzó hace años a enviarme
de regreso a los ojos
con mi imagen matinal y devastada
detalles del rostro de mi padre.

Eran visitas leves pero hermosas
un goce adivinarlo en mi cara
entre las láminas de agua y de jabón.

Este mes apareció también mi abuelo.

Ahora en la alborada y el espejo
somos tres
y nos miramos con cierto regocijo.

Nombre propio

En las mañanas la soledad es blanca
transparente
huele a mar y a lluvias
a lejanías.

Tiene un sabor amargo
sabor a rosas viejas
y uno puede tocarla igual que a los recuerdos
un árbol y sus hojas.

De noche la soledad es niebla
y está segura porque tiene el collar de la noche.

De noche la soledad es música
y asume la forma de la luna
aunque también alumbra
desde el lejano y raro
temblor de las estrellas.

Aúlla la soledad y ladra
en las llanuras
pasa como un huracanado pájaro nocturno
como una nube
un ovni
o uno de esos aviones extraviados
del que solo escuchamos
ruido de los motores.

Tiene nombre también
tiene apellidos
cara, complicaciones, otro amor

sangre, mirada, manos, enfermedades
hijos, penas, teléfono y distancia.

Cuando está amaneciendo la soledad se esconde
en la penumbra grave de la paloma
y en el atardecer
vuelve a la dolorosa oscuridad del cuervo.

En el alba otra vez
se integra al suave devenir del aire
para que el solitario sepa
que ha pasado otro día
y que ella no es
ni un estado de ánimo
ni un sentimiento provisional
sino una de las alternativas de la vida
y el nombre propio del destino.

Correo electrónico

Frente a ti todo lo que quería decir se congelaba.

En vez de en un portal abierto de La Habana
me hallé en una abadía.

No fue una aventura, no.

Para mí era un reencuentro
el hallazgo tardío
de sentimientos que habían muerto en cautiverio.

Esto es solo una nota
una reseña superficial
que no tiene información profunda.

Las palabras se quedan en el brocal del pozo.

Estoy ocultando muchas cosas que me duelen.

Regreso a Tianamen

Yo vine aquí
de niño
con mi padre
cada año a las celebraciones.

Traía siempre en un cartelón de marco rojo
una foto de
Mao Zedong
con flores que mi madre hacía
con un papel brillante
que entregaban
en las oficinas del Partido.

Yo vine a esta plaza
a gritar consignas
inocente, puro y servil
para que los camaradas
continuaran en el poder
por la felicidad
de las cincuenta y nueve etnias
de mi querida patria.

Aquí mismo me mataron
una mañana
del verano de 1989.

Sobre las piedras que mi padre ayudó a traer
para la reconstrucción de Tianamén en 1956
dejé casi toda mi sangre
y mi cabeza rota.

Mis verdugos
gritaban consignas
por las cincuenta y nueve
etnias de la patria querida
y la orden para que me asesinaran
salió de la misma
oficina del Partido
donde entregaban
el papel para las flores.

Las flores las poníamos
de adorno
en las fotos de
Mao Zedong
que yo traía a la
Plaza de Tianamén
cuando era niño.

Recomendaciones

-I-

Para encontrar la felicidad
es imprescindible usar
desde la primera juventud
un chaleco a cuadros
con una banda de satín oscuro.

Hay que habilitar
un confesionario
en una estancia alta y húmeda
y aprender a dibujar ríos
que una vez liberados del papel
se deslicen con peces y rumores
por los valles que buscan el mar.

Se necesita una maestría en desencantos
y los dones del olvido y la omisión.

Una dahesa para la memoria
en la que puedan hacer noche a voluntad
las vanidades.

-II-

La armadura debe ser interior
(incluirlá por supuesto un cauterio)
entallada en el pecho
hasta la asfixia cerrada en la barbilla
reforzada hacia la cava superior
y en las probables armonías de la frente.

-III-

Si las habilidades
para empezar otra vez desde la nada
son heredadas
va a ser más natural el desdén
y más sorprendentes los renacimientos.

De lo contrario
se recomiendan la hiedra y el insomnio
como antídotos contra la incertidumbre
los espejos rotos para conjurar las contemplaciones
y un piano de cola o una guitarra
como verdugos del abandono.

-IV-

Ante las deserciones
y las ansiedades de la espera
ante la ausencia y las desmesuras
puede ser desconcertante y sensual
un encuentro cercano
con el *negro caballo de espuma*
que dejó en las praderas del mundo
el poeta Octavio Paz.

Se debe estar siempre preparado
para viajes y romerías en uno mismo
y serán íntimas y personales
las andanzas y las búsquedas.

-V-

Esta es una aventura limpia
a pecho descubierto
que no admite pócimas ni cerbatanas
inmune a los sacrificios de animales de plumas
y al corazón de los tomeguines
puestos a secar a la intemperie.

-VI-

Para hallar la felicidad
hay que hacerse invisible
los cuatro domingos de diciembre
y usar la mano derecha
un reloj de arena o un astrolabio.

Una artesa
hace falta una artesa
para esconder el miedo
bajo una superficie cristalina.

Una artesa cerca de los rescoldos del fogón
para que oficien los resplandores.

-VII-

Un paso ceremonioso y terco
una marcha apacible
porque la felicidad
es más rápida que la luz

y la vida del rayo
la ilumina pero no la alcanza.

Así es que la mejor compañía
para llegar a ella
es la serenidad.

Las argucias
de un sistema de timidez
la distancia, la circunvalación
la geometría muda
que apunta al centro de la tierra
pero quiere dormir con las estrellas.

-VIII-

Se proclamará
que uno está tratando de encontrarla
porque puede aparecer ayuda inesperada:
un bautizo rural, una obviedad
la peineta punzó de Amadita Castillo
un tranvía, unos viajeros
el bombín de Barreto
la imprudencia y el viento de cuaresma
la pureza y el copón divino.

-IX-

Como un amuleto se llevará
la urgencia congénita
de encontrarla

por desdibujada y remota
que presente su sombra.

Adivinarla a veces
en un camino paralelo
presentirla una noche
y ver que es el rocío
tocarla, creer que la has tocado
bajo la administración de la nieve
puede ser la única sustancia
que recibas en la travesía.

-X-

Nada de amarguras al final
si fracasaron estas trampas
nos quedó el además
y todavía volverá a amanecer sobre la tierra.

Empty bottle

Deja que el agua salobre y la de lluvia
pongan humedad y hagan incomprensibles tus avisos de
muerte.

Que el viento sur y los terrales se lleven
en los neblinazos del amanecer
los papeles impresos con los timbres de guerra.

Permite la luz y la tibieza en tu vidrio usurpado.

Botella vacía, haz tu próximo viaje al mar
como una ambigua nave
y no como una posible colección
de cuchillos y navajas de cristal.

Carta

Dejadme dejar dicho: tengo miedo
permitidme ser constante en mis temores.

Olvidad mis horrores pasajeros
mis filias y mis fobias, mis pasiones
mis entregas totales, maldiciones
que ahora llevo en lugar de mis sombreros.

No pido compasión sino distancia
no reclamo perdón sino alegría
que abra paso, descubra y devalice
que me voy a morir donde yo quise
porque pude administrar mi cobardía.

Personal

Encampanado en la vejez
y en el aprendizaje
de la muerte
lujosamente
triste y exterior
inscribo
en el espacio
este reclamo terco.

Soy pobre
y sin habilidades
présbite
y rencoroso
tengo miedo
un miedo
esencial y permanente.

Me dejo seducir
por las traiciones
soy un orfebre
de las pesadillas
y tengo un expediente policial
donde aparezco
de joven
entre la servidumbre
con mis medallas
de amanuense
 mis insignias
de colaborador
y de viejo
como agente enemigo.

Soy un metaforizador
con propensión
al llanto
que en vez de en un país
vive en un sueño.

Puedo ser tierno
y elocuente
y entonces aprovecho
para bautizar
los desastres con
nombres de mujer.

Consigo ser grato
y enojoso
administro un señorío
ralo y bendito
donde
se ha prohibido
la felicidad
y el escarmiento.

Acta de destrucción

Con Luis Rogelio Nogueras

Mira un momento atrás
muchacho solitario.

Respóndeme desde la planicie blanca
hoy que eres convocado
por esa vieja fiel
que quiso hasta tu sombra.

¿Cómo se llamaba aquel
que desde la Juventud
nos atendía?

¿Y el otro compañero
que lo sustituyó
por mal trabajo?

¿Dónde nació y en qué familia
el Director
que te mandó
dos años de castigo al taller
para reconciliarte
con la clase obrera?

La novia del flamante
funcionario
de línea nacional
¿se casó contigo, no?
¿Y aquel tipo fatal

disfrazado de poeta, de escritor,
de dirigente
te acuerdas del seudónimo?

¿Sabes ahora, por fin,
la identidad
de los jueces que ocultaron
tus versos
rompieron
tus boletos de avión
y odiaron hasta
tu pelo ahora en la nada?

Jesús, ¿te sacó del rincón
donde te confinaba por liberalismo?

El farsante mayor
¿te habrá hecho otro informe
como si no supiera
que ya no necesitas pasaporte?

Todos nosotros, ¿te habremos perdonado
tu talento
la gracia,
tu candor,
tus presunciones?

¿La gloria era verdad
después de todos los campanazos de la muerte?
(1988)

Ensayo sobre la tiranía

La de la calle, la del país
la áspera y vehemente tiranía
que gobierna mi vida ciudadana
es pasajera
porque castiga el cuerpo
pero no tiene agentes ni recursos
para tocar mi espíritu.

Pero óyeme Berta
de tu olor
de tu olor que es señor de mi memoria
de los besos finales
de unas conversaciones
que son ya un eco
del alto rigor de esa tiranía íntima
que yo mismo convoco y hago eterna
nada puede salvarme.

Lejos

De aquellos dos amantes
de aquellos que inventaron
una temperatura
no tengo nada un lunes
en otro continente.

De aquel amor
que calcinó tu cama
y cambió la decoración
el pulso y la humedad
no queda nada bajo la tela
de mi camisa.

Es la distancia
como un dolor ambiguo
itinerante
que a veces pasa por el corazón.

Pero el vacío
es un heraldo frívolo
que va a morir al mar.

La nada es este cuchillo
sin hoja y sin empuñadura.

Parte de guerra

Nadie avisó esta guerra
y estalló sin banda sonora.

No ululan las sirenas en la ciudad
ni se ha puesto negro de humo el cielo de repente
pero los evacuados y los heridos
pasan lentos en camiones
en bicicletas y carros de caballo
hacia sus casas y sus trabajos
en calma
en un tenaz ayuno
que los está matando.

(La Habana, Año Quinto del Período Especial)

Casa sola

Tócala otra vez, Telín
las *Hojas muertas*
que yo todavía no sé
que la letra es de Jacques Prevert.

Tócala y mira por la ventana
que estoy llegando
con unos versos
donde he conseguido rimar
estío, coral y primavera.

Tócala, Telín, total
si aún no sé
que te vas a ir
y que voy a ver
cómo sacan tu piano
mudo
envuelto en un camisón de terciopelo
muerto
como las hojas que vio Jacques Prevert.

Poema nevado

Ya nunca digo como antes:
Algún día la volveré a ver.
Ahora son las barajas y los caracoles
los que me hacen cavilar
en mi viaje hacia la salvación.

Ya no tengo planes para el reencuentro
mis proyectos se acaban al atardecer
y se presentan como una sucesión
de teatralidades y adivinaciones.

Nada más que intuición y espíritu.

No la voy a ver aunque llegue a la ciudad que habita
y me haga fotografiar en ella
con nieve y unos puentes en el fondo.

No la voy a encontrar a pesar de mis guantes
y mi abrigo de piel
de mis lentes oscuros y mi anillo de oro.

Oración de Septiembre

Virgen de las Mercedes
Ahí está preso otra vez
tu hijo Juan Antonio
húmedo, serio y sucio
convertido en un animal sin sombra.

Míralo bajo llave y candado
al pasar esta noche
por el cielo de Pinar del Río
y ayúdalo a entender
el lance del Poder
y el sufrimiento.

Tú, Madre de todos los presos
ten una mirada para Juan
tu viejo servidor
el confundido, el torpe, el suave traidorcillo
que después de tomar la Primera Comunión
se inscribió en el Partido Comunista.

Deja un mensaje en su celda para el amanecer
porque los santos se hacen de perdón y olvido
y no odian ni guardan rencor como los hombres.

Aniversario

Hoy es aquella fecha que teníamos
y que ahora tengo yo.

Cuando iba a ser de noche
el amor prosperaba
y era por momentos
una sustancia vaga
retenida y palpable.

Me salva de la inquietud
de escribir esto
el distraído pudor con que lo escribo
y la evidencia de que es
un ejercicio frágil de realismo sucio.

Me libra del desconcierto de la historia
y del dulce espejismo del retorno
la palabra empañada que es tu nombre
y la agonía del autor secreto.

Descubrimiento

Gloria, la patria es
el patio de tu casa.

Tu libro de autógrafos
y el disco de Paul Anka.

El cementerio
del pueblo donde nacimos.

Las tejas rotas del palomar
que hizo tu padre.

Tu entrega y tu renuncia.

Tu *Biblia* y *La edad de oro*.

Tú a los diez años
y el uniforme azul
y el monograma.

Patria
Gloria, es
un accidente cardiovascular
y un columpio.

Una laguna, un dolor precordial
y las décimas del Valle de las Garzas.

Tu patria, Gloria
tu patria
iba contigo llorando en un avión.

Eras tú, muerta de miedo
en un
caballo negro
estático y de yeso.

La patria puede
ser también
la nieve en tu ventana
no por nieve
¡patria porque la miras!

Todo lo que tocaste,
viste o estuvo en ti
cada episodio
y cada instante de tu vida
es la patria
que vive estar más en las canciones
que en los himnos.

Socialismo real

Lo pavoroso del asunto
no es que yo haya querido
dar mi vida un día
sino que ahora
me la quieren quitar.

Tarjeta blanca

A Lichi Diego

No hay nadie ya en tu casa, hija.
Julito anda lejos en un carro
que no puede pasar por su casa.

Alternán jinete del caballo
de la Sota de Bastos
en Homsted con serpientes.

Manuel Granados
sin carnet de identidad
en la puerta del cielo.

Miguelito en una defensa siciliana.

Ana, María Elena, Cuqui,
Nancy, Blanca Rosa y Rosa
frente a lunas de espejos
de mujeres fragantes
los marcos demacrados
y el reflejo de la luz
en Cuba.

Cristina, hija
tu cuarto es ahora el sepulcro de los perros de trapo.

En Agosto tengo que volver al aeropuerto
porque otro amigo borra a Cuba del mapa
y me ha pedido que le ayude a decir adiós.

Poema subliminal

*¡Ay Floralba! Soñé que te... ¿Dírelo?
Francisco de Quevedo*

Anoche, amiga mía, soñé que íbamos juntos
en tren, al sur, a media tarde.

Soñé que íbamos solos en el coche
y que unas palmas altas y lejanas
se estampaban en las ventanillas.

Entraba un aire frío.
(Yo bajé los cristales).
Vino la noche
y de repente comprendimos que era un tren sin destino
sin conductor, sin máquina
en silencio por un valle esmeralda.

Soñé que ya sabíamos
que en otras estaciones y otros viajes
abandonamos el pasado en un andén.

Llegó, querida amiga, al sueño
una inquietud, una tormenta, un ritmo
que hizo resplandecer el tren, el coche y el paisaje.

Gabi, ¿es verdad que usted no ha leído
a don Francisco de Quevedo?

Postal en el pastel

Ha pasado otro año
y solo una foto nos unirá
aunque tú
y yo sabemos
que el amor
no se deja fotografiar.

Ese es un mal de muchos
y es consuelo de tontos
y
¿hay alguien en la vida
más tonto que un poeta?

No me vayas a decir que los niños
son los poetas
que van a dar a la mar
porque a los cinco años
no pueden entender a
Manrique.

Me asusta la alegría programada
y por eso he programado
esta tristeza.

De verdad, cinco años no son nada.

Lo grave viene luego
cuando empiecen
tus muñecas a encanecer
y amanezcan
sin cuerda los juguetes

volcado el velocípedo
la solterona
enamorada del comodín.

Coge el cuchillo
apaga las velas
porque siempre habrá alguien dispuesto
a derretir tu nombre.

Ordena que defonden la piñata
y aléjate.

Esta escenografía
puede parecer una forma de la felicidad
pero es el tiempo que usa antifaces.

Vamos María Karla
hija mía
cierra los ojos.

Adivinanza

¿Qué le dijo Pancho de Oráa a Madonna?

Nada, porque no la conoce
él solo quiere saber de su hijo
y reconstruir con sus poemas
las casas viejas que se caen en La Habana.

El mira los alquitrabes y las columnatas
y las describe luego como se imaginan que fueron.

A veces las habita
pone murmullos en los pisos altos
y a un niño jugando en el zaguán.

Alguien que se ha entregado
a salvar una ciudad
una civilización
una familia
no tiene tiempo de conocer
a mucha gente.

Alicia en el país

No conozco Irlanda todavía
ni he podido viajar a Inglaterra.
No fui a Lima por fin
ni a Miraflores
ni me casé contigo.

Nunca escribí el libro que queríamos
—unos versos serenos y apacibles—
y no pude leer la Biblia en esos años.

No fui a misa, es verdad.
Perdí el escapulario
o lo escondí por miedo.

Rompí la esquila de tu dirección
porque era peligrosa.

Te cambié la identidad en las fotos de grupo:
«La de los ojos claros
es una joven marxista peruana».
Pero al final las escondí también
o se perdieron.

Esto, como verás, ya no es
un mensaje de amor
sino la crónica impura
de un ser humano
en su vórtice negro.

Porque después resueltamente
me hice simulador profesional

un animal ajeno
amaestrado y escurridizo
que yo mismo no quería conocer.

Encontré, mientras te borraba
y te desvanecías
amor, imitaciones y carne de poesía.

Trabajé como indigente
y borracho oficial en mi país
durante varios años
y renuncié al empleo.

Estoy muy viejo
y lo único que he perfeccionado ultimamente
es mi manera de mirar el mar.

Espero que estés viva
y que te alegren estas noticias mías.

Sigo en La Habana
Alicia
sigo en Cuba que es
por lo menos para mí
el país de mis maravillas
sigo en La Habana
y lo recuerdo todo.

Mensaje

Aquí —no sé en tus mundos— anochece y llueve
aquí que es donde sigo, donde me dejaste
donde permanezco
llueve y me pasa todo.

Como estoy en la edad de tu muerte
vivo seguro de que estás en un sitio
y que me puedes ver.

Aparta entonces el telón de agua
y mírame sufrir
aquí.

(En La Habana, Día de los Padres de 1998)

Dolor y perdón

Ahora me propongo perdonarlo todo
para dejar limpio mi corazón cansado
dispuesto solo a la fatiga del amor.

Así es que los culpables directos de mis furias
los arduos artesanos de mis penas
son inocentes después que firme este poema.

Nada tengo ya contra quienes usaron mi vida
mi única y pobre vida pasajera
para tocar la gloria y vivir en su vana geografía.

Comprensión y complicidad ante las dulces muchachas
travestidas de brujas
que solían dejarme en la ciudad estrujando mi sombrero de
pañó.

Absueltos los difamadores y los tontos
olvidados los policías que me hostigaron
borrados de la memoria los que asaltaron mi casa con una
orden de registro.

En un limbo de otra constelación
el que firmó la orden
y ordenó los castigos.

Un poco mas allá
el que hizo salir a mi hija Cristina de su patria
y a mí de la razón.

De estos miedos y esas ansiedades
de esta estación de escombros y fulgores
tienen la culpa los días de la semana.

Esos lunes con filo de navaja
los martes romos, neutrales y tenaces
y el día miércoles con sus ínfulas de puente corroído.

El jueves con cara de extranjero
el viernes y sus ríos de vanidades
el sábado traidor y encapotado.

Los domingos pueriles y vacíos .

Ellos son, seguramente, los culpables
empecinados en la servidumbre
del Padre Tiempo Eterno
que hoy dispone mi vejez
para que olvide.

Patria

Patria, tú me dolías
y era como un beso y una herida
así de dulce y hondo
así de importable y tierno
ese dolor.
Yo te dolía
pero era ínfima mi punzada
sin dimensión para cambiar el viento
ni registro para llamar el agua
era un dolor de espinas enconadas
de agujas y alfileres
una molestia familiar, doméstica
aliviada con sal, tilos, cañasanta
con unguento mentol y una mentira.
Patria, yo me metí en tus llagas
y llevé la inocencia en ese viaje
convoqué una canción en tus tristezas
canté tus guerras y lloré mis muertos
exalté tus héroes y rimé tus palmas
describí tus paisajes con palabras
y amor y melodías
exageré tus ríos, magnifiqué los montes
te robé de otros mares y su salinidad.
Dije barrancos y honduras luminosas
manatí como un Dios desolado
serventías por si eran secos y angostos los caminos.
Nunca fuiste una extraña forastera
sino mi madre que se hacía más vieja
más pura y más cercana
mis hijas a quienes enseñé el espíritu
y la letra del Himno Nacional

y todo el color de la bandera
mi padre allá en tus jugos elementales.
Eres toda la hierba que he tocado
Y toda la tierra que me reclama
que en lo oscuro eres tú
porque eres todo
y todo eres cuando estoy ausente
y duermo en un hotel y tengo frío
y en tu difuso mapa de neblina
yo soy un niño que recita versos
mirando el sol desde tus fronteras.
Patria mía, eres un problema complejo sobre el mar
una isleta que preveen los manuales
y la geopolítica
las versiones de los mercaderes
que buscaban oro y descubrieron indios
que rastreaban plata y encontraron hombres.
Patria, tú me vivías
y yo era, soy seré el dueño de mi casa.
Te habitaba
te habito
vivo en ti
controvertida patria que denigran
nuestros pobres traidores
desde una micrófono o una mecedora de mimbre
desde una infamia o desde las planillas despiadadas
detrás de una calumnia o detrás de un buró
desde la muerte o la arbitrariedad
en un reino suntuoso o un suntuoso reino.
Mujer que no apareces, que no puedo tocar
no escuches sólo de la Patria el grito

y trae a mi vida
un corazón marcado como un as de corazón
para ganar todas las patrias del amor
Yo te soñaba, Cuba
para nacer aquí
y querría venir para tenerte
dejarte la canción y el olvido
de lo que fuimos siempre
cuando ya no dormías
serena y sumergida.
Yo sé escribir tu nombre
lo escribí sin saber que eras
toda esa inmensidad que es este mundo.
Me lo dijo mi abuelo que venía
de una laguna donde se había estrellado el cielo.
Te conozco, Patria
te conozco
y una definición insulsa
se parece a mi traje.
Yo te conozco
personalmente, digo
y es en la inmensidad de esta aventura
donde te puedo conocer.
Tierra que sufro
que nos sufrimos
y nos sufriremos.
La noche es nuestra
porque hemos surgido de la noche
y fuimos a tu luz
la incandescencia terrenal
la luminosidad que entregas

a unos hijos y a otros
para que al menos tengamos
la misma claridad
a la hora de vivir y de morir.
Ya los legítimos no podemos soportar las sombras.
Patria, todo esto es el amor
tú me dolías.

(Firmado en La Habana, Miami, 1996)

Suite de la muerte

Acaban de avisarme que he muerto.
Lo anunció entre líneas la prensa oficial.
Yo no esperaba morir este verano hermoso
de fin de siglo
pero los periódicos de mi país no mienten nunca
y por lo tanto es falso este latido del corazón
las pulsaciones, el aire que respiro.
Los recuerdos que tengo son, deben ser
el delirio final porque el Estado
no puede equivocarse en forma tan flagrante.
He muerto.
Yo mismo, que tengo sed y estoy triste
lo empiezo a comprender.
Y, que amo todavía y que me asombro y tengo miedo
estoy aprendiendo a morir por decreto.
Lento, obediente, con discreción, sin un solo gesto de rabia
comienzo a parecerme a mi cadáver.
Para cumplir la orden con rigor
y no turbar el regocijo de mis verdugos
apago con espíritu de contingente
los signos vitales que persisten
porque quien ha seguido como un carnero
el monoritmo de la campana
y la voz del pastor
tiene que disponerse a morir
con sólo el relumbre del cuchillo.

II

Mamá ya lo sabe
y viene enseguida a cortarme las uñas

a ponerme un pañuelo con colonia
a convencer a Humberto para que me recorte el pelo
demasiado largo, demasiado blanco
demasiado tranquilo.

III

Es tan ciega la fe
y tan sorda
es tan absoluta la credibilidad
que las personas que me ven no me saludan
los que me escuchan no vuelven la cabeza
porque ya saben la noticia
y a los que visitan mi familia
yo les brindo café
y no lo agradecen
ni una frase cortés, ni un elogio para el amargor
porque esta clase de fe
es, además, muy desabrida.
Como se hizo público mi funeral
y mis pecados, mis aberraciones, mis torvas alianzas
con el enemigo
mucha gente ha venido a mi casa para ver mis
despojos
y llevarse, si hubiere, la virtud o el amor.
Los he visto llegar a dar el pésame
mirando de reojo los muebles y el teléfono
añorando el abrigo, el calor de mi cama
de mendigos sentimentales
ayudando al Estado a clavar la tapa de mi ataúd.
He visto llorar a Cristina

estremecer el amor
y a Mariakarla feliz
segura de que era otra trampa mía.
Soy testigo del entierro que me están haciendo.
Estuve alerta en el velorio
y anoté cada gesto y cada comentario
Lo he visto todo claro desde mi muerte.
Los estoy esperando.

(Firmado en La Habana, Miami, 1996)

En defensa de Raúl Rivero

Eliseo Alberto

El poeta Raúl Rivero es inocente de todo lo que le imputan y culpable de todo lo que silencian sus fiscales. El viernes 4 de Abril de 2003, en juicio sumario, se dio a conocer el «Encausamiento» que argumentó en su contra una cadena de veinte años de privación de libertad, por el delito de «Actos contra la independencia o la Integridad Territorial del Estado».

Dos semanas antes, el jueves 20 de Marzo, Raúl fue detenido en su departamento de la calle de Peñalver. Las imágenes del fuerte dispositivo policial fueron transmitidas por la televisión cubana. Durante setenta y dos horas, en veintinueve juicios relámpagos, se condenaron a setenta y cuatro cubanos y una cubana.

La mayoría de los detenidos pudo nombrar, por derecho, a sus abogados defensores, no lo niego, pero no me nieguen que los representantes tuvieron una limosna de tiempo para articular los alegatos, entre la espada del riguroso calendario y la pared del juzgado. El almanaque no miente. La suma total de los castigos cubriría noche a noche un milenio, cuatro siglos y 54 años de soledad, los amaneceres que van entre el lejanísimo 549 de nuestra era y este 2003 que nos acoge entre cañonazos, invasiones, maleficios y fusilamientos injustificables. Visto el caso y comprobado el hecho (ya se dictó sentencia), mi queridísimo amigo Raúl, el gordo Raúl, periodista de estirpe, autor de poemas cubanísimos que en su momento se aprendieron de memoria meseras de Coppelia, profesores universitarios, escribanos envidiosos y vecinos vagabundos o policías, este camagüeyano más camagüeyano que un tinajón de Puerto Príncipe saldrá de la cárcel a los 77 años de edad, en el imposible aniversario 64° de una revolución a la que él entonces le habrá entregado la vida entera y la casi totalidad de su poesía.

El dedo en la llaga

A Raúl no lo tomaron por sorpresa. Hace unos pocos años compuso su propia Suite de la muerte: «Acaban de avisarme que he muerto. / Lo anunció entre líneas la prensa oficial. / (...) Soy testigo del entierro que me están haciendo. / Estuve alerta en el velorio / y anoté cada gesto, cada comentario. / Lo he visto todo claro desde mi muerte. / Los estoy esperando». Los estuvo esperando cada mediodía, cada noche, cada amanecer, hasta que por fin una tarde de marzo llegaron a ponerle la casa patas arriba, quizá con la esperanza o la convicción de que en aquella austera cueva de La Habana encontrarían un arsenal de armas o el clásico instrumental de los espías o planes cifrados de sabotajes o una banderita con cincuenta y no sé cuántas barras y estrellas, mas únicamente se llevaron el botín de un escritor: papeles y minucias. La esperanza se esfumó, no las convicciones. No sembraron pruebas, ni falta que hizo: las inventaron a puras palabras. El testimonio de un revolucionario intachable vale el triple que el de un poeta inconsolable, pregúntenle si no a Ada, Jacinto Inocencio, Arnulfo y Acacia Isabel, los cuatro vecinos de la calle de Peñalver, entre Franco y Oquendo, que aceptaron declarar en contra de Rivero: según ellos, entre otros pecados, el poeta se dedicaba a «tergiversar la realidad». ¿Se habrán sentido aludidos al leer su Apuntes de la calle, un poema que pone el dedo en una llaga que es casi estigma? Apelo a tu estocada, Gordo: Los cubanos somos hiperbólicos: / a los hombres que no tienen moral / los acusamos de tenerla doble. Al que le sirva el sayo, que se lo ponga. Así las cosas, la fiscalía construyó el discurso del «encausamiento» sobre un vocablo de difícil comprobación, el astuto adjetivo subversivo (citado 17 veces en menos de ocho cuartillas, más tres como verbo y una en función sustantiva): «Actividades subversivas», «propósitos subversivos», «revista subversiva que titularon De Cuba», «elementos subversivos nacionales y extranjeros, de contenido contrarrevolucionario y para subvertir el orden social», «grupúscu-

los contrarrevolucionarios, donde se abordan temas subversivos, otros funcionarios norteamericanos que allí imparten sus órdenes e instrucciones subversivas», «corresponsal a sueldo de la Agencia de Prensa francesa, de corte subversiva Reporteros sin Fronteras», «un libro con ideas y estrategias desestabilizadoras y subversivas, varios casetes de audio y de vídeo conteniendo información destinada a subvertir el sistema, tres files conteniendo documentos de la llamada prensa independiente, entre otros materiales de carácter subversivo», «recibe la visita en su domicilio con fines subversivos de personas y autos de la Sección de Intereses de los EE UU», «y otros materiales de contenido subversivo a distintos vecinos del lugar, confirmará la visita de personas en autos pertenecientes a sedes diplomáticas». La pobreza argumental sólo es superada por el raquitismo del vocabulario. Les ahorré algunos ejemplos por fatiga.

Para que no se me acuse de apasionado, siéndolo, concedo a la fiscalía cierto valor de uso sobre el término de «ilegalidad» cuando lo aplica para devaluar las dos instituciones que Raúl Rivero fundara junto a un puñado de colaboradores voluntarios, entre ellos a su amigo y coacusado Ricardo González: la agencia de noticias Cuba Press (desde 1995) y la Sociedad de Periodistas Independientes Manuel Márquez Sterling (desde 2000). La legislación cubana en esta materia no deja mucho margen de maniobra. Aun así me sorprende, por los mismos motivos, que las hayan tolerado tantos años si hubiera sido mucho más fácil dismantelarlas o multarlas o prohibirlas desde su nacimiento, sin verse en la necesidad de un juicio sumarísimo en el momento que las autoridades de la isla habían aprendido (suponíamos) que «los independientes» eran sin duda molestos, pero no un obstáculo insalvable para una revolución popular, legendaria y poderosa.

Los datos oficiales dicen que la aprueba el 98% de la población con derecho a voto. De nada vale desconfiar de esas estadísticas. El Gobierno debiera estar tranquilo, digo. El problema, el error, lo oportunista, es afirmar que ambas instituciones (ilegales, reitero, pero no secretas ni con ideales conspirativos, pues eran conocidas,

públicas y, además, infiltradas hasta el tuétano por agentes de la seguridad del Estado) se crearon con el propósito de «difundir falsas noticias para satisfacer los intereses de sus patrocinadores del Gobierno norteamericano» o suministrar «informaciones que requería el Gobierno norteamericano», dos variantes poco creativas de una misma imputación. Y afirmarlo apenas unas pocas horas antes de entreabrir las puertas del tribunal.

Una fiscalía implacable

La fiscalía, por otra parte, se vio tan implacable como imprecisa cuando dijo: «El acusado Rivero Castañeda, a partir del año 2000 comienza a suministrar informaciones semanales para la página web Encuentro en la Red, cobrando por cada artículo, recibiendo también ingresos por otras publicaciones, persiguiendo todos sus escritos un manifiesto propósito desestabilizador del Estado cubano (...). También, con similares fines, realiza publicaciones subversivas para la revista Encuentro y para el sitio web Encuentro en la Red, que le pagan por cada colaboración suya, informando siempre sobre temas que requiere Estados Unidos para mantener su política hostil dirigida a derrocar la revolución cubana». Yo pido, exijo, que me citen una sola línea de esos artículos, un solo verso de Raúl, una sola oración, una sola metáfora, un lamento, una queja, un reclamo, una crítica que no evidencie un profundo, casi enfermizo, amor por su país. Encontrarán, por supuesto, frases tristes, octosílabos desgarradores, párrafos angustiados, incluso pesimistas, sobre el presente y futuro de Cuba, pero la tristeza, el desgarramiento, la angustia e incluso el pesimismo no son delitos. ¿O me equivoco? No dudo que me equivoque, pues mis amigos dicen que soy terriblemente melancólico.

No. No me equivoco. Si la desilusión fuera un crimen, media isla debería ser declarada penitenciaría. Medio mundo. Media constelación de Andrómeda. Lo del pago por las colaboraciones o los derechos de autor es una práctica habitual, profesional, obligatoria

y justa de que cual viven, por demás, escritores, músicos, pintores, ensayistas y hasta políticos de la isla. Si se las hubieran publicado en su tierra, las habría cobrado en el Banco Popular de Ahorro de Centro Habana. Sin embargo, la afirmación de que los temas eran requeridos desde Estados Unidos resulta más filosa, aunque no me cabe duda de que, al menos en la obra periodística y literaria de Raúl Rivero, es sencilla y llanamente una calumnia. ¿Acaso la Agencia Central de Inteligencia le «requirió» que escribiera sobre El Chino de la Charada (con sus grabados y sus números, tiene siempre un signo de emoción y esperanza) o las Jineteras de la Quinta Avenida de Miramar (pura fantasía con sus lentes de Armani) o aquella crónica sobre su entrañable amistad con Nicolás Guillén, a quien quiso como a un padre y quien lo malcrió como a un hijo (bajó a Ignacio Agramonte de su caballo y a José Martí de sus pedestales con unos artículos lúcidos y hondos), por no mencionar su retrato de Heberto Padilla, «un caso» sobre el cual hasta la propia dirección de la cultura cubana reconoce que se cometieron errores. ¡Ah!, Gordo, qué ingenuos somos cuando soñamos en voz alta; en ese texto tratas de tranquilizarnos al asegurar que no habrá posibilidades de repetirlo (el caso Padilla) ni siquiera como comedia. Las posiciones gubernamentales pueden ser inmutables, pero el mundo no. La vida tampoco. Heberto estuvo detenido tres o cuatro semanas en Villa Marista, tú pasarás 7.305 noches en el infierno si hoy no somos capaces de impedirlo por bien de todos, e incluyo a los revolucionarios que en la isla y en silencio se duelen de tu suerte. Sigo.

Sigo. A ver, díganme qué interés puede tener la Casa Blanca o el Pentágono en divulgar la bellísima despedida que escribió Rivero a sus amigos que se van de Cuba (Irse es un desastre. Una catástrofe íntima), publicada nada más y nada menos que en el Nuevo Herald de Miami (ahora sabemos, por todo lo que está pasando Cuba, que en el espacio que existe entre irse y volver hay que fundamentar la permanencia, porque permanecer siempre será un antídoto contra el desencanto. Y un veneno para el olvido), o en su reseña literaria sobre Mariel, la estupenda novela de José Prat Sariol (uno de los

pocos escritores de la isla que se atrevía a visitarlo en su casa, ¿el único?). Qué le importa al Imperio que Raúl publique en la Revista Hispano Cubana su nostálgico artículo sobre el Caballito blanco de Changó o su gracioso Monólogo del policía o su vallejiano elogio de la maquineta de escribir (yo recuerdo la Underwood de mi tío, aquel periodista provinciano que murió en el exilio, y renuevo mi amor cada mañana por esta Olivetti esbelta y beige, que me hace experimentar el goce de tocar lo que pienso y me hace padecer, que es siempre una fórmula de la altura y la fineza), o su demolición de los mandamases que en el mundo han sido, sin nombre ni apellidos (el totalitarismo es más fuerte que la belleza. Un soneto es una brizna frágil de sentimiento frente al ardor de las proclamas políticas.

Sólo que la belleza y el soneto son eternos y es su perdurabilidad lo que doblega el señorío oscuro y provisional de un gobernante (...). Se sabe que los Gobiernos miran la cultura como un buey mira un piano). Por amor de Dios, díganme qué oficial de inteligencia o contrainteligencia, qué investigador, qué ideólogo, qué perito en informática, qué mentiroso, ¡quién de ellos me demuestra que James Cason, actual jefe de la Oficina de Intereses de EE UU en Cuba, un funcionario prepotente, en verdad dañino, petulante, altanero y detestable, una bazofia humana que quiere menos a Cuba que yo a la gallina que acabo de almorzarme, cuál de todos me convence de que mister Cason o un idiota semejante haya sido el «superior» que le ordenó a Raúl Rivero aquel texto sobre el poeta Eliseo Diego que no cito en este párrafo para no echarme a llorar en la terraza! Y hablando de mi padre, quiero recordar una oración del prólogo que escribiera para un libro de Raúl, pues viene al caso: «Lo característico (en la poesía de Rivero) es la violencia impaciente». Más adelante, la fiscalía esgrime una acusación digna de tomarse en cuenta, por el sereno y al mismo tiempo cínico uso de la exageración: al centro mismo del «Encausamiento», el licenciado Moreno Carpio asegura (y lo creo porque lo leo) que en el registro efectuado en el apartamento de la calle de Peñalver al poeta se le ocuparon, «entre otros materiales de carácter subversivo», una radio marca Sony, una

grabadora, un cargador digital de baterías, una máquina de escribir (¿su Olivetti esbelta y beige?), una laptop marca Samsung, un adaptador de cámara vídeo ocho (no la cámara), varios casetes «conteniendo información destinada a subvertir el sistema económico, político y social cubano» (sin dar títulos), cinco ejemplares de su libro Ojo Pinta y dieciocho sobres conteniendo artículos varios y recortes de sus trabajos periodísticos, tres files con documentos de «la llamada prensa independiente», y supongo (aunque no se registre con la misma precisión) que también deben de haberle «descubierto» en la cocina o en el baño una azucarera, un jarrito de aluminio, un salero, un pomo de colonia Fiesta, tal vez dos rollos de papel higiénico, una caja de palitos de dientes, siete u ocho cuchillos de mesa, platos de muy distintas vajillas, una maquinita de afeitar desechable y, quién quita, uno de esos artefactos mortales, tan peligrosos para la humanidad que desde el derribo de las Torres Gemelas las autoridades aeroportuarias las expropiaron a los viajeros de clase turística para así combatir al terrorismo: un cortaúñas metálico. Tampoco se consignan, por ejemplo, las obras completas de Nicolás Guillén dedicadas de puño y letra por nuestro poeta nacional ni los discos de Silvio Rodríguez y Pablo Milanés y Carlos Puebla que Raúl me puso el día que me invitó a almorzar arroz con frijoles en su casa -después de todo, hicieron bien en no consignarlas, pues hubieran confundido a la opinión internacional con detalles cursis y frágiles: se acabó la diversión, llegó el Comandante y... Y mucho menos enlistan sus subversivas apologías de la justicia social, sus subversivas décimas, sus subversivos bolígrafos y, claro, un montón de versos subversivos impresos en la contracara de hojas mimeografiadas, páginas desechables que, quizá, no lo dudo, alguna vez contaron la subversiva Historia del PCUS, ¿único tesoro que le dejó en herencia su padre, el proletario Esineo Tiburcio, orgulloso rescatasta de la Defensa Civil? Un tipazo. Lo recuerdo levemente. Cuando entraba un ciclón en La Habana, Esineo se envolvía en una capota de hule y salía a patrullar la zona, a contra ráfagas, en busca de los callejeros perros de nadie. Padre mío que estás en las sombras / de esa gran

noche sideral / tú que no fuiste todopoderoso / que en vez de multiplicar los panes y los peces / te los quitaste para dárnoslos / si estuvieras despierto y terrenal / me prestarías tu brújula y tu vieja memoria de caminos y fronteras. Raúl siguió el ejemplo de Esineo. ¡Cómo le llueve encima!

Las abrumadoras minorías

Cualquier juez en sano juicio exculparía a Raúl de tales delitos. Y, sin embargo, el poeta es culpable -y no por lo que afirman de él, repito, sino por lo que callan-. Sí, eres culpable, Gordo. Lo siento. Sabes que te quiero. Entiéndelo. Culpable de tu imprudencia, de tu audacia, hermano, culpable de no haber sentido miedo al decir o redactar o defender lo que piensas sobre lo que sucede cada día en los callejones sin salida de la abulia y la indiferencia, total, si entre nosotros el silencio es una epidemia y la ilusión un polvorín (marzo entró este año a Cuba, como siempre, para marcar el final del leve invierno (...)). Fui una de esas personas que desde Cuba hablé y me ilusioné con la alternativa de democratizar gradual, civilizadamente, ese sitio del mundo que más de once millones de seres humanos en La Habana y Madrid, en Venezuela y EE UU, en Estocolmo y Caracusey, en Santo Domingo y Chivirico llaman, de un modo especial, la patria, leo en tu artículo Los antediluvianos días de marzo).

Culpable de tus amores tercicos, de tu tozudo corazón, de haber supuesto que tu sitio estaba en ese apartamento sin ventanas de la calle de Peñalver entre Franco y Oquendo y no en cualquier rincón de este planeta azul, ancho y ajeno, en mi casa de México, por ejemplo, o en la remota Cochinchina -donde se dice edificaron la famosa Casa del Carajo-. Culpable de enamorarte como un loco, de creer en el mejoramiento humano y la utilidad de la virtud y los dones de la sinceridad. Culpable, en fin, de querer tanto a un país, el nuestro, que no siempre agradece el sacrificio, un pueblo que se niega a escuchar a sus abrumadoras minorías, pues aunque me joda recono-

cerlo los cubanos somos desmemoriados y epidérmicos. Zorros. «Se lo buscó», he oído decir en este arranque de abril a varios Judas y Poncio Pilatos y Barrabases: «Se lo dije. No te emberrinches, compadre, quédate tranquilo en casa mientras pasa el apagón. Pero te pusiste a paluchear. Yo lo veía venir. Te lo advertí». Sí, se lo buscó, y eso lo distingue y engrandece, contesto. Pero eres culpable, Raúl, compréndelo, culpable de haber escrito el 21 de febrero de 1999 tu Monólogo del culpable, a escasos días de haberse aprobado la ley que ahora formaliza el derecho a que te abofeteen la cara: la letra de la ley, dijiste iracundo, permite a las autoridades de mi país condenarme por el único acto soberano que he realizado desde que tengo uso de razón: escribir sin mandato. Y más adelante te anticipaste a los acontecimientos, una costumbre irresponsable por muy escritor que seas y te coloques allá en el filo del horizonte para anunciarnos las tormentas que se tuercen sobre nosotros -el centinela horizonte, ¿recuerdas?, ese sitio donde el camarada Lenin aconsejaba que deportaran a los poetas y a los soñadores-. Me cuesta mucho trabajo sentirme culpable. Es casi como si se me acusara de respirar o se me anunciara una eventual prisión por amar a mis hijas, a mi madre, a mi mujer, a mi hermano y a mis amigos (...). De modo que una disposición redactada con la tinta percedera de las trampas políticas, envuelta en una maniobra chapucera para hacer aparecer a un pequeño grupo de periodistas que trabajamos en Cuba como aliados de narcotraficantes y proxenetas y mercenarios a sueldo de EE UU, me produce sólo un variado cóctel de repugnancia. Los años de cárcel que la ley promete con generosidad, por encima al temor del encierro y al castigo, hay que verlos con consternación (...). Nadie me hace sentir como un criminal, un agente enemigo ni como un apátrida ni como ninguna de esas necedades que el Gobierno usa para degradar y humillar. Soy sólo un hombre que escribe. Y escribe en el país donde nació y donde nacieron sus bisabuelos». Culpable, Raúl, tan culpable como yo. Como tantos. Lo dijo tu paisano Nicolás Guillén, lo dijo Beny Moré, tenemos lo que teníamos que tener: dolor y pena. Hasta tú mismo lo escribiste, caray, ¿o lo olvidaste?:

Soy un desastre como mi pasado / un mal sueño como mi porvenir / y una catástrofe como mi presente. / (...). Perdonadme entonces que sueñe con cercos policiales y amigos encarcelados. Ya te extraño.

Ya pierdo aliento, hermano grande. Me trabo. Me desplomo. Desde el suelo, derrotado, humillado, avergonzado de mi país y mis espantos, repito entre dientes lo que alguna vez dije en defensa de los presos políticos de la isla: «Dios no los guarde, Dios los libre». Como entonces, hoy nadie escuchará mi ruego -ni Él, ocupado como debe de estar allá por Babilonia, donde (te cuento por la claraboya de tu celda) le acaban de hacer trizas lo poquito que quedaba del Edén.

Índice

A

- Acta de destrucción 43
- Acto de magia 18
- Adivinanza 59
- Alicia en el país 60
- Aniversario 51

B

- Bolero 14

C

- Carta 40
- Casa sola 48
- Correo electrónico 31

D

- Defensa personal 27
- Descubrimiento 52
- Dolor y perdón 63

E

- Efeméride 22
- Empty bottle 39
- En defensa de Raúl Rivero, por Eliseo Alberto 72
- Encuentro 28
- Ensayo sobre la tiranía 45
- Envío a una dama dominicana 17

F

- Foto en la Habana 16

G

- Grave 12

L

Lejos 46

M

Mensaje 62

N

Nombre propio 29

O

Oración de septiembre 50

Orden de registro 20

P

Paisaje sin niña 19

Parte de guerra 47

Patria 65

Personal 41

Poema nevado 49

Poema subliminal 56

Postal en el pastel 57

R

Recomendaciones 34

Regalo abierto 10

Regreso a Tianamen 32

S

Socialismo real 54

Suite de la muerte 69

T

Tarjeta blanca 55

Tedio de vasallo 26

V

Viditas soñadas 24

Esta Antología de Raúl Rivero
se terminó de imprimir en Bogotá, D.C.
en los talleres de Arquitrave Editores
y fue empastada a mano por Ricardo Aguirre.

Los libros de **Arquitrave** Editores

Entre nuestros autores figuran

Carlos Drummond de Andrade

Affonso Romano de Sant'Anna

Charles Bukowski

Cristina Peri Rossi

Du Fu

Ferreira Gullar

Konstandinos Kavafis

Charles Baudelaire

Montale, Ungaretti y Quasimodo

Paulina Vinderman

Manuel Bandeira

T.S. Eliot

Lawrence Ferlinghetti

Elkin Restrepo

Harold Alvarado Tenorio

Li Bai

Alberto Da Costa e Silva